

# Bárbara Jacobs

## Carta de un invitado

Nilo Palenzuela

El Hotel Poe de Bárbara Jacobs se encuentra en Polanco, en la esquina de Edgar Allan Poe y Agatha Christie. Es un hotel donde, como en un relato borgesiano o en la ciudad de Tommaso Campanella, universo y arquitectura podrían coincidir con un libro. Estancias, cuartos, hall, pórticos, biblioteca, pasillos, escaleras, pueden ser aquí capítulos y estructuras, pasajes para tres días de celebración, de encuentros y de amistad. No obstante, la construcción, a diferencia de las geometrías casi impensables de un irónico Borges y del utópico renacentista, no es perfecta: se construye en tiempos posteriores a la caída de las creencias, después de pérdidas irremediables en el dominio de la historia personal y colectiva. El arquitecto, como escritor, no tiene certeza del orden cerrado de la obra ni de sus analogías con el mundo; por ello se mantiene en un compás de espera, como si de la despedida del viejo edificio pudiera renacer una vida nueva.

A la manera de los muros de la *città del sole*, cada estancia puede tener imágenes e historias diversas, como inscripciones de la memoria: Patricia Jacobs con su risa inolvidable y los nombres de los mexicanos de origen libanés; los talleres de traducción de Tomás Segovia en los años setenta; los libros secretos del Mago Jefa, otro libanés que hizo vida en Ecuador y alcanzó máxima fama en Argentina y Brasil, con las evocaciones de su hijo, el poeta Jorge Enrique Adoum; una estancia erótica presidida por la *Histoire d'O*, de Dominique Aury, con su versión cinematográfica de 1975 proyectada en videoinstalación, en varias pantallas; información abundante sobre las esculturas de Vicente Rojo y especialmente sobre su *Pérgola Ixca Cienfuegos* que hizo en homenaje a Carlos Fuen-



tes: el pintor Paul Klee con su gato y un grabado de comienzos del siglo XX que representa al Fénix viejo y al que acompaña el jubiloso festín de los pequeños cuadros que vendrían más tarde; Augusto Monterroso y Juan Rulfo en mitad de una conversación sobre fotografía mexicana... En fin: ilustraciones posibles.

*La dueña del Hotel Poe*, editado por Era, lleva a imaginar esto. Pero Bárbara Jacobs no tiene afán racionalista ni voluntad constructiva. Su novela se despliega en medio del vértigo que produce la propia posibilidad de emprender un relato y de hacerlo posible. Cada cosa adquiere nitidez, pero a su lado tiene incorporada, a la manera de un grafiti, una crítica que no permite avanzar en el relato ni conduce a armarlo. En efecto, como se sugiere, *La dueña del Hotel Poe* no tiene trama. Podemos entonces percibir a lo largo de sus pasadizos y de sus capítulos, algunos motivos que

van y vienen. ¿Qué se busca? ¿Qué se pretende? ¿Qué reunión de gentes y de cosas, de recuerdos y libros promueve?

Los relatos antiguos permitían cierta coincidencia entre el mundo y el libro. Se trataba de apurar las analogías en imágenes y palabras, y de fundar los nudos simbólicos para luego dilatarse en la búsqueda de las coincidencias. Pero la novela no se entretuvo demasiado en el ejercicio de interpretación: optó de inmediato por el viaje. Bárbara Jacobs conoce bien la historia de la novela. Conoce, además, los extremos a los que ha llegado durante el siglo XX en manos de los mejores cultivadores del género, algunos incluso muy cercanos: Rulfo, García Márquez... Conoce muy bien, asimismo, que la novela contemporánea sintió pronto la embestida de un pensamiento que abría un hueco por el que se colaba el vértigo y la posibilidad de la caída. La crítica impedía el largo viaje de historias, de invenciones, de verosimilitudes...

*La dueña del Hotel Poe* relata, de esta suerte, la construcción de una novela y la imposibilidad de tramarla. Después de experiencias anteriores, desde *Adiós humanidad* (2000) a *Lunas* (2010), Jacobs sabe que la ficción tiene algo de locura, de creencia exacerbada y de experimento. El viejo Fénix puede salir de su vetusta y siniestra imagen para emprender un festín o puede recorrer el camino inverso: el narrador puede preguntar por los orígenes o por lo que ha de venir, y puede permanecer inmovilizado en medio de la pendiente. Y pregunta y ve cómo personajes y autores se golpean contra el espejo desde el momento en que indagan en su condición ontológica, en aquello que sostiene sus apariciones y sus máscaras. La identidad entonces se quiebra; la locura gana terreno.

Lo advertíamos en *Lunas*, pero está presente desde mucho tiempo atrás. La pregunta surgió casi al final del despliegue de la novela decimonónica y lo hizo, sobre todo, en el territorio de la poesía y el pensamiento. Lo que emprende mi obra final, pensaba Mallarmé, ¿no es una locura, una *folie*? (“N’est-ce pas un acte de démen- ce?”). Bárbara Jacobs ha transitado por estos temas de manera frecuente. También ahora. Uno de los personajes que está más presente a lo largo de la novela, W, testimonia el riesgo de que la narradora enloquezca: “teme por su salud mental”. La razón y la demencia avanzan paralelas. Bárbara Jacobs construye su relato: una novelista, que es una suerte de *alter ego*, ha comprado con las ganancias de un *best-seller* un hotel que perteneció a su padre, y quiere invitar, en el aniversario de la adquisición, a sus amigos de aquí y de allá, de América y de Europa. Quiere contar esta historia al tiempo que habla del hotel y de un personaje ficticio, Bridge, y de ella y de su pareja, W; y desea hacerlo con perspectivas que se desdobl原因 una y otra vez en diversas autoras: ¿Es alguien que conocemos por sus referencias libanesas, por sus libros, por su pasado? ¿Es Bárbara Jacobs? ¿Es Ada Donada? ¿Es Carola Q? ¿Evelyn o B. D.? Casi al comienzo del libro se afirma: “en la literatura, como en la vida, la historia del doble es ilustre y

larga”. Cita a Dickens y Poe, Stevenson, Wilde, Borges, Italo Calvino...

Constantes desplazamientos de identidad, entonces, entreabren una errancia en diversas direcciones que hacen imposible que la ficción y el edificio crezcan y los personajes, las imágenes, los símbolos, la memoria y sus inscripciones, se hallen inmersos en una perfecta arquitectura. La pregunta se expande por todos los rincones. Aparece e inmoviliza. La novela ¿es así o puede ser de otra manera? La autora ¿es Ada Donada o Carola Q? Los personajes y los seres a los que se alude ¿son *entes de ficción*? Bárbara Jacobs apura el absoluto de una lógica que habla de la construcción de la novela. Y acepta la posibilidad del vértigo, la caída, la locura. Para ello mezcla géneros, narraciones, diarios, *confesiones*, literatura epistolar. Se emparenta aquí con algunos experimentos narrativos de Miguel de Unamuno, aunque carece del *pathos* y la lucha obsesiva con el tiempo tan presentes en el escritor español. Comparte la necesidad de mostrar que la experiencia imaginaria y la realmente vivida, la historia y la ficción, son intercambiables. Pero da un paso más allá: a través de Carola Q, quiere traer al Hotel Poe a escritores que han de contribuir con sus cartas al levantamiento del edificio novelesco. El hotel y la novela sirven, entonces, de puente entre los escritores, los

libros, los lectores, los autores posibles. ¿Es una sinrazón?

Bárbara Jacobs acepta el riesgo y lo promueve. Los personajes deberán acudir como invitados durante varios días al hotel rehabilitado en Polanco. Unos son amigos americanos; otros, europeos. Carola Q escribe la invitación y envía cartas y *mails*. Juan Antonio Masoliver, Ida Vitale, Claribel Alegría, Saúl Sosnowski... aceptan. La audacia ha tenido lugar. Autor y personajes se mueven por el puente que los une y los desata: todos buscan la ficción, todos viven de la ficción, todos viven. La estela de Pirandello se hace reconocible: los personajes y las autoras se buscan, se extravían, se encuentran. Las fronteras de la vida y la ficción se quiebran; las identidades se multiplican. Todo puede ser una ficción que aflora y se disipa, un juego, una tirada de dados, un bridge entre unos y otros, una hoja que arrastra el viento, *une folie*. *La dueña del Hotel Poe* narra la historia de cómo se hace una novela en un tiempo que puede almacenarlo todo a condición de no pretender el orden perfecto de una ciudad del sol. Asimismo, Bárbara Jacobs lleva al extremo la duda sobre la propia identidad. **U**

---

Bárbara Jacobs, *La dueña del Hotel Poe*, Era, México, 2014, 456 pp.



Bárbara Jacobs

© Javier Naranjo